

Del antijudaísmo al genocidio

Jean Meyer

CRISTIANOS Y JUDÍOS

La historia de las relaciones entre judíos y cristianos ha progresado de manera singular en los últimos cincuenta años. Creo que la vía fue abierta en 1948 por M. Simon con *Verus Israel*, que consideraba la cuestión en el imperio romano entre 135 y 425 A. D. En 1955 León Poliakov publicaba el primer tomo de su fundamental *Historia del antisemitismo*, dedicado al destino de los *ashkenazi*, judíos residentes en tierra cristiana (distintos de los *sefaradí* en tierra musulmana), desde los orígenes hasta el siglo XVIII, época de los *hofjuden* (judíos de Corte) que los monarcas y príncipes de Europa central llaman para salvar sus finanzas. En 1956 Jules Isaac, el director del famoso libro de texto de historia Malet-Isaac, realizó una brecha conceptual con su *Genèse de l'antisémitisme*, prolongado por *Jesús et Israel* (1959) y *L'antisémitisme a-t-il des racines chrétiennes?* (1960). Siguiendo a Simon, J. Isaac señalaba la base teológica del antisemitismo cristiano y por lo mismo el carácter sistemático que lo volvió tan virulento y lo distingue del antisemitismo anterior al cristianismo.

En 1960 M. B. Blumenkranz publicó *Juifs et Chrétiens dans le Monde Occidental, 430-1096* (Mouton); esa obra importante había sido preparada con su tesis en alemán (Universidad de Basilea, 1946, *Die Judenpredigt Agustins*), que estudiaba la predicación antijudaica de San Agustín. Sondeos en la literatura cristiana de los siglos IV y V le permitieron destacar dos causas principales de la hostilidad cristiana: un proselitismo judío activo en competencia con el cristiano; un patriotismo romano entre los cristianos, desde la conversión de Cons-

tantino, que los llevaba a exaltar las victorias de Roma sobre los rebeldes judíos y a lavar a los romanos de toda responsabilidad en la muerte de Cristo, para echar toda la culpa sobre los judíos. Blumenkranz empieza en 430, año de la muerte de Agustín, justo cuando Simon termina su trabajo, y va hasta 1096, cuando inician las Cruzadas. Durante esos siglos la misión judía y la misión cristiana siguen en dura competencia; basta con pensar en la legendaria y real conversión de los khazar; el crecimiento demográfico de las comunidades judías no se explica por la sola biología.

Si el problema del antisemitismo se transparenta en las páginas de Blumenkranz, no afecta la notable serenidad del autor; en el caso de Jules Isaac, que tuve la suerte de conocer en mis años mozos y que me parecía un hombre animado por una misión profética, es precisamente la pasión y la sinceridad lo que impresiona al lector. Gracias a esa pasión, Jules Isaac, fundador de las Amistades Judeo-Cristianas, despertó muchas conciencias cristianas y no cristianas y convenció al papa Juan XXIII de modificar la liturgia católica, especialmente la de Semana Santa, para que el cristianismo dejara de ser “la enseñanza del desprecio”.

Sin judaísmo no hay cristianismo, por eso Isaac concluye con toda razón que “el cristianismo en su esencia excluye al antisemitismo”, a la vez que el antisemitismo tiene unas raíces cristianas; unas, no todas. Los resultados de la obra científica de esos autores acaban de culminar con los *mea culpa* del papa Juan Pablo II repetidos a lo largo de su pontificado.¹

Paul Giniewski, en *L'antijudaïsme chrétien: la mutation* (Ed. Salvator, París, 2000), retomando la génesis del antisemitismo cristiano, sitúa en perspectiva el “arrepentimiento” de la Iglesia católica. Giniewski es uno de los observadores judíos más lúcidos e intransigentes en cuanto a las actitudes cristianas. Tiene fama de ser injusto por excesivo, pero no estoy seguro de que la merezca: anuncia quién es y desde dónde habla; su severidad no es amargada y lo encuentro en la línea directa de Jules Isaac del mismo modo que Juan Pablo II es discípulo de Juan XXIII.

¹ Véase *Istor* números 2 y 3.

En la línea de los precursores ya señalados vuelve al tema de la enseñanza del desprecio por los Padres de la Iglesia, de Orígenes a Agustín y de Tertuliano al Crisóstomo; casi todos contribuyeron a la “ideología del destronamiento de Israel en su elección divina”. Todo lo demás, según él, es consecuencia: gueto, pogrom, persecución, paranoia mitológica (profanación de hostias, robo y sacrificio ritual de niños cristianos, envenenamiento de pozos, propagación de las epidemias, todos antecedentes del mito más racionalizado del “complot judío mundial”).

Giniewski es el fiscal implacable de los crímenes cometidos en nombre de la fe cristiana (contra su espíritu) contra el pueblo elegido; sin embargo, su propósito es la “mutación” que va “de la shoah a la teshuva”, es decir de la catástrofe exterminadora al pedido de perdón y a la conversión. El autor hace la historia de los últimos cincuenta años, los que van de los primeros escritos de Jules Isaac a las últimas declaraciones pontificales; es la historia del diálogo por fin abierto entre cristianos y judíos desde la conferencia de Seelisberg en 1947. Subraya la novedad radical que significan las declaraciones de las iglesias alemana y polaca entre 1994 y 2000 como confesión de la culpabilidad católica. Vigilante siempre, Giniewski protesta contra la distinción que aún intenta hacer la Iglesia católica entre el antijudaísmo cristiano y el antisemitismo moderno, racial y pagano, incluso anticristiano. Tampoco admite la diferenciación entre la culpa de cristianos individuales, históricamente equivocados, y la no responsabilidad de una institución colectiva.

Este último punto nos llevaría muy lejos; sólo déjenme mencionar *La parola ebreo*, de Roseta Loy, traducida al francés como *Madame Della Seta aussi est juive* (París, Rivages, 2000), que analiza en detalle el comportamiento del papa Pío XI y el muy diferente de Pío XII. La publicación reciente del expediente de la encíclica hasta entonces inédita *Humani Generis Unitas*, preparada por Pío XI y “perdida” hasta su muerte, permite entender algo de la personalidad de quien intentó, mal que bien, despertar la conciencia de los católicos italianos y alemanes a la hora de la persecución antisemita: “católoco significa universal: no hay traducción posible [...] existe sólo una raza humana”. Cuando muere en febrero de 1939, Pío XI no ha tenido tiempo para pronunciar su violento discurso contra el fascismo y el antisemitismo; su encíclica esperó 56 años para ver la luz.

El discurso cambia radicalmente con Pío XII.² Se debe también mencionar la polémica levantada por la beatificación en el verano de 2000 del papa “absolutista” y “antijudío” Pío IX, por más que el papa actual haya al mismo tiempo pedido perdón por los errores cometidos durante aquel pontificado de 32 años que terminó en 1878. Francisco Sosa Wagner publicó un magnífico *Pío IX. El último soberano* (Yalde, 1999) que permite entender al enemigo del “mundo moderno” que había llegado al papado con una merecida fama de liberal. Había abierto las puertas del gueto de Roma, por ejemplo. Sin embargo, unos años después, ya convertido a la reacción, mandó reconstruir los muros del mismo gueto y los judíos fueron sometidos a fuertes presiones para que se convirtieran al cristianismo. Ese papa, que proclamó la infalibilidad pontifical en ciertos casos, es conocido entre los judíos por el “caso Mortara”: un niño judío bautizado a escondidas por una sirvienta católica a la hora de una grave enfermedad y luego secuestrado y educado en la religión católica por instrucciones del papa. “Para los judíos de todo el mundo el caso Mortara se convirtió en un símbolo de la intolerancia cristiana”, dice David I. Kertzer, autor de un libro sobre el asunto.

DEL ANTIJUDAÍSMO AL ANTISEMITISMO Y DEL ANTISEMITISMO AL GENOCIDIO

En 1879 el alemán Wilhelm Marr acuñó la palabra “antisemitismo” para aplicarla al movimiento que surgía en toda Europa contra los judíos y su influencia; dos años después un corresponsal alemán mandaba a *La Revue du Monde Catholique* (París) un artículo sobre las primeras manifestaciones de ese contagio en Francia. En aquel entonces nada presagiaba el éxito para ese fenómeno sociológico en Francia; no había más de 60 000 judíos, de los cuales muchos eran patriotas franceses que habían abandonado los territorios de Alsacia y Lorena, anexados por Alemania. La mayoría (40 000) se encontraba en París y no representaba más del 2 por ciento de la población capitalina. Casi todos eran perfectamente asimilados y se sentían protegidos por una tradición de tolerancia y una legislación positiva que remontaba a Luis XVI.

² Véase *Istor* núm. 2, pp. 128-133.

Sin embargo, en 1886 el panfleto de Edouard Drumont *La France Juive* vendió 200 000 ejemplares en unos meses, sobre el tema de la dominación de esa minoría, raza extranjera, dueña de la finanza y del Estado. Luego se armó una gran campaña apoyada por cierta prensa católica y grandes periódicos parisinos; posteriormente vino *L’Affaire Dreyfus*, el gran cisma que estuvo a punto de acabar con la unión nacional. El asunto es demasiado conocido pero no me quedan claras las causas de esa repentina explosión de odio, no me quedan claros los elementos sociológicos y psicológicos. Un pequeñísimo ejemplo: a la hora de la intervención francesa en México y de su fracaso final no se mencionó para nada a los judíos; unos años después, en 1895, el comandante Grandin, en su *Mémoires d’un chef de partisans*, despotrica en la primera página contra los judíos que chupan “los capitales de la nación francesa. En París dos músicos israelitas, Offenbach y Halevy ridiculizan al ejército francés [...] Adrián Marx es el historiógrafo de Napoleón III”. Y acusa a Rothschild de ser uno de los responsables de la intervención francesa en México. En la página 2 cita a *La France Juive* de Drumont.

Entre 1938 y 1944 el número total de judíos en Europa fue reducido en unas dos terceras partes, de 11 millones a 3 millones, más o menos; de 5 a 6 millones fueron exterminados, 2 o 3 millones huyeron del teatro de una empresa única en su género: el genocidio nazi. La obsesión antisemita es omnipresente en *Mein Kampf*, el breviario hitleriano. Cuando Hitler llegó al poder el exterminio físico de los judíos no figuraba en el programa del partido, pero la lucha contra ellos sí. Empezó pronto con la prohibición de toda unión conyugal o sexual entre “arios” y “judíos”, luego con la organización de “acciones espontáneas” contra las sinagogas y las tiendas poseídas por judíos. Después, de las presiones económicas y fiscales se pasó al despojo sistemático, calificado de “recuperación” de bienes “robados o mal adquiridos”. Las puertas no estaban abiertas fácilmente a la emigración para soliviantar la hostilidad de los vecinos contra el enemigo del pueblo; los países vecinos se hacían de la vista gorda cuando no cerraban sus puertas, como Inglaterra. La anexión de Austria en 1938 aumentó con mucho el número de la población “no aria” y los jefes nazis soñaron entonces en un “arreglo global” del “problema judío”. Hay que leer las actas del Consejo de Guerra presidido por Goering a finales de 1938 y sus

lucubraciones sobre la transformación de la gran isla de Madagascar en reserva para todos los judíos. La incorporación al Reich de la mitad de Polonia en 1939, luego la ocupación del Báltico, de toda Polonia, Bielorrusia y Ucrania en 1941 (operación Barbarossa contra la URSS) aumentó en varios millones el número de las futuras víctimas. Empezó enseguida –improvisada o no; no vale la pena la polémica entre las tesis de la premeditación y de las circunstancias– la “solución final”: segregación, fusilamientos, muerte por hambre, sobrecarga de trabajo, exterminio en forma industrial de la población que no servía para la esclavitud al servicio de la industria alemana. Al principio de 1942, menos de un año después del inicio de la guerra nazi-soviética, el método ya funcionaba, y su “obra maestra” resultó ser Auschwitz, con sus cámaras de gas “ciclón B” y sus hornos crematorios capaces de “tratar” a 12 000 víctimas por día al principio.

¿Cómo se caminó del antijudaísmo cristiano al antisemitismo nacional y finalmente al genocidio? Los historiadores alemanes nos ayudaron con su gran controversia (*Historikerstreit*) sobre el tema de la singularidad del genocidio aquel: Rudolf Augstein *et al.*, *Historikerstreit: die Dokumentación der Kontroverse um die Einzigartigkeit der ns. Judenvernichtung* München, Piper, 1988, traducción al francés, París, Cerf, 1988. De la querrela ilimitada sobre el postmodernismo (*Hayden White*) se pasaba a la pregunta de cómo hablar de la Catástrofe (*Shoah*), palabra que acababa de desplazar a la de Holocausto. Saul Friedländer (ed.), en su *Probing the Limits of Representation* (Cambridge, Harvard University Press, 1992), retaba a los teóricos del relativismo histórico a enfrentar “el exterminio de los judíos europeos, como caso extremo de crímenes de masa”. El tema corolario de los grandes exterminios bolcheviques y soviéticos fue discutido por Francois Furet con Ernst Nolte (México, Fondo de Cultura Económica, 1998) Martin Malia, Alain Besançon y Jean Meyer.

Esa importante bifurcación temática no aclaró la génesis del antisemitismo genocida. ¿Cómo elucidar su origen? Un ejemplo: Voltaire no parece haber sido muy cristiano que digamos. Desarrolló un antisemitismo virulento que tuvo mucho eco entre los partidarios de la razón y del progreso y entre los enemigos del “fanatismo”. La Enciclopedia hace de Jesús un “judío oscuro y fanático”, y de los judíos los padres abominables de ese desgraciado. J. B. de Mi-

raband, secretario de la Academia Francesa, publica en 1769 un compendio, *L'Opinión des Anciens sur les Juifs*, cuya tesis es que el “mosaísmo”, como fuente del cristianismo y del islam, es la más supersticiosa de todas las supersticiones. El filósofo d'Holbach denuncia en el cristianismo una “secta cismática” del judaísmo, el cual, practicado por “asiáticos cobardes y degenerados”, “infectó poco a poco todo el imperio”. Voltaire, en 30 de los 118 artículos de su *Diccionario filosófico*, ataca al “pueblo más abominable de la tierra” que bien podría llegar a ser un “peligro mortal” para el género humano.

En el siglo XIX el antisemitismo de izquierda antecede al de derecha. La *Cuestión judía* de Karl Marx plantea que “la emancipación social de los judíos” empieza por “la emancipación de la sociedad para con el judaísmo”. Las adivinanzas del gran polemista anuncian a Drumont, a los antisemitas rusos, a Hitler y a Céline: “¿Cuál es el fundamento profano del judaísmo? El interés personal, la necesidad práctica. ¿Cuál es el culto profano del judío? El tráfico. ¿Cuál es su Dios profano? El dinero”. En el *Capital*, Marx nos enseña que “por miserable y malo que sea su olor, todas las mercancías que consideramos ser dinero y que lo son de hecho, son interiormente judíos circuncidados”. En su correspondencia, el buen Karl se desata contra “el judío de la sonrisa mielosa”, “el maldito judío de Viena”, “ese marrano judío”, “la sinagoga bursátil; Lasalle, el judío polaco”. El marxismo, especialmente en su versión soviética, heredó ese antisemitismo “teórico”, sociológico y económico, y lo modernizó en “antisionismo”. Ese delirio correspondía a un anticapitalismo (el judío Rothschild o Pereire) pero también, en la línea genética de Voltaire y sus colegas, a la obsesión antirreligiosa, antimonoteísta, anticristiana. Wilhelm Marr, en el *Espejo de los judíos* (1862) analiza la “victoria del judaísmo sobre el germanismo”, Eugen Dühring denuncia en el cristianismo “la vergüenza milenaria”, un obstáculo al sano antisemitismo y una maquinación oscurantista judaica. Bruno Bauer ataca el “cristianismo judío” en su *Cristianismo desenmascarado*, George Daumer, otro fanático del ateísmo anticristiano, en sus *Secretos del alma cristiana*, hace de Jesús el jefe de una secta judía antropófaga. Los círculos revolucionarios, la izquierda hegeliana, Richard Wagner y sus amigos, todos los teóricos de la emancipación de la humanidad ven en el judaísmo la matriz, y no lo contrario del catolicismo.

No abominan del pueblo deicida, sino del pueblo teóforo. Esos socialistas anticipan en eso al nacionalsocialismo, que retomará sin innovar su argumentación. Hannah Arendt escribió páginas decisivas sobre el tema y su relación con el imperialismo de finales del siglo XIX.

Pierre-André Taguieff (ed.) en *l'Antisémitisme de Plume, 1940-1944* (París, Berg, 1999), nos da una antología del odio antisemita francés durante la Segunda Guerra Mundial, completado por una serie de estudios precisos. Así, Louis Ferdinand Céline, escritor genial, autor del espantoso y premonitorio *Bagate lles pour un massacre*, escrito unos años antes de la masacre, deja de ser un “delirante” irresponsable y aparece como un antisemita típico, convencido, organizador y muy activo en la red de sociabilidad pronazi.

Cierto antisemitismo docto ha tomado la forma nueva del “negacionismo”, después de haber empezado con el más modesto revisionismo (Valérie Igounet, *Histoire du négationnisme en France*, París, Seuil, 2000). Esa corriente nació muy temprano, inmediatamente después del proceso de Nuremberg, a la extrema derecha, y terminó por negar la existencia de las cámaras de gas y por afirmar que los judíos son los responsables de la segunda guerra mundial. Poco a poco reapareció la corriente negacionista de ultrazquierda, prolongación genética de Voltaire, Hegel y Marx, que se alió con la extrema derecha en la denuncia de Israel y en la defensa de los palestinos.

El “revisionismo” es un fenómeno internacional, como lo demostró en enero-abril de 2000 el proceso del historiador británico David Irving contra Penguin Books Ltd. y Lipstadt, Deborah Lipstadt (*Denying the Holocaust: the Growing Assault on Truth and Memory*, Penguin, 1993) lo había acusado de manipular los hechos, en sus libros sobre la segunda guerra mundial, para negar la realidad del genocidio nazi y para afirmar que Auschwitz –todo Auschwitz en sus varios campos– no era más que un campo de trabajo brutal. Irving tomó la iniciativa de demandarla, a ella y a la editorial, por haber dañado su reputación. Perdió el caso. El asunto se encuentra en *The Irving Judgement*, publicado por Penguin (Londres, 2000) y la reflexión se prolonga en *Denying History* de Michael Shermer y Alex Grobman (University of California Press, 2000). “¿Victoria de la justicia histórica?” Quién sabe. Si es cierto que el antisemitismo es la convicción clave de los negacionistas, entonces el negacionismo tiene mucho porvenir.

¿INDUSTRIA DEL HOLOCAUSTO?

En el año 2000 Norman G. Finkelstein publicó (Londres, Nueva York, Verso) *The Holocaust Industry: Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*, un panfleto antisionista que no está lejos de llevar agua al molino de los negacionistas. Finkelstein no es negacionista (casi toda su familia fue exterminada), pero es un hombre enojado que piensa que hoy en día los dirigentes políticos de Israel y de la comunidad judía norteamericana utilizan sin vergüenza el tema del holocausto para defender sus intereses (como los grupos e individuos que sacan dinero de varios gobiernos, bancos, industrias europeos en forma de “reparación”) y disimulan la injusticia hecha a los palestinos. Habla de “*extortion racket*”, de palanca ideológica que empezó a funcionar después de la guerra árabe-israelí de 1967. Ese libro terriblemente polémico, sincero y dolido no trata del antisemitismo y del genocidio en sí mismo, sino de su utilización hoy en día por ciertos grupos. No se puede aceptar así sin más el grito de Norman Finkelstein, pero hay que oírlo.

Y volver a leer a los grandes clásicos escritos al día siguiente de la Catástrofe, como *el Estado SS* de Eugen Kogon, *La destrucción de los judíos europeos* de Raúl Hillberg, los escritos de Primo Levi. Entre las publicaciones recientes recomiendo de Omer Bartov *Mirrors of Destruction: War, Genocide and Modern Identity*, Nueva York, Oxford U. P., 2000. El autor es un historiador israelí que intenta captar el sentido de lo ocurrido. Christopher Browning (*Nazi Policy, Jewish Labour, German Killers*, Cambridge, 2000) es más específico y su libro es esencial. Wolfgang Benz (*The Holocaust: a Short History*, Columbia, Profile Books, 2000) ofrece una admirable síntesis que es lo mejor que pueden leer los estudiantes.

La Catástrofe subraya una vez más el conflicto que existe entre memoria e historia y la distancia que separa al investigador (*Istor*) del testigo con el cual no comparte “el deber de memoria”. En enero de 2000 eso se vio claramente en Estocolmo durante el Foro Internacional sobre Enseñanza, Memoria e Investigación del Holocausto. Frente al grito de los últimos sobrevivientes, la labor histórica parece fría, cínica, profanatoria. Michael Marrus, el autor de *Vichy y los judíos* (París, Calmann Lévy, 1981), dijo sin embargo que el historiador

debe utilizar para la Shoah “los mismos métodos que aplica al Renacimiento, a la Revolución francesa o a la Primera Guerra Mundial”, y que la memoria de los sobrevivientes no puede sustituirse al “trabajo histórico”, objetivo, profesional, científico”. En resumen, no se puede confundir conocimiento y compasión (Xavier Ternisien, “Shoah: le temps des témoins et celui des historiens”, en *Le Monde*, 9 de febrero de 2000). ❧